



La República en las urnas. El despertar de la democracia en España

ROBERTO VILLA GARCÍA

Madrid, Marcial Pons, 2011. 530 páginas. Anexo de 32 tablas.

La historia de las elecciones en España, en comparación con muchos otros países europeos, es larga y ha atraído la atención de un número considerable de historiadores. Desde el primer estudio de envergadura, el realizado por Miguel Martínez Cuadrado en 1969, que recopiló los resultados de todos los comicios de la Restauración, los estudios lentamente se multiplicaron. Se dedicó una atención especial al caso de la Segunda República, cuyas elecciones trajeron la movilización de masas y la primera experiencia de la democracia en España. Los estudios electorales han salido normalmente en forma de tesis universitarias, no solamente en Historia sino también en Ciencia Política o hasta en Derecho, pero casi siempre investigando elecciones a nivel provincial o municipal. Sin embargo, el enfoque de la inmensa mayoría de estos estudios ha sido limitado, no solamente en su enfoque geográfico sino casi siempre también en su metodología, utilizándose casi exclusivamente fuentes secundarias, sobre todo los periódicos.

Hasta cierto punto estas limitaciones se encuentran en los mejores estudios de elecciones republicanas hasta la fecha, que son el libro de Javier Tusell sobre las de 1931 y el estudio de equipo, dirigido también por Tusell, sobre las elecciones del Frente Popular, publicado en dos tomos en 1971. Este último fue un estudio importante en su época, el primer intento de rescatar un acontecimiento tan decisivo de la

órbita de la propaganda política. Demostró mayor madurez y envergadura, pero a pesar de estas cualidades se quedó también limitado, sin acceso a los archivos en aquel tiempo y basado sobre todo en la prensa periódica.

En contraste con todas las obras anteriores, el estudio nuevo de las elecciones republicanas de 1933 realizado por Roberto Villa García marca un salto cualitativo en tales investigaciones, no meramente sobre la República, sino en cualquier época anterior a la Monarquía democrática actual. Destaca por tres dimensiones diferentes: primera, por su envergadura temática ejemplar; segunda, por la obra exhaustiva de investigación; y tercera, por la capacidad de penetración analítica. Es el principal ejemplo en España de lo que se ha llamado “la nueva historia electoral”, que podría denominarse también “historia electoral total”.

La contextualización histórica con la cual el libro comienza es notable, porque la primera sección del libro ofrece al lector una perspectiva histórica sobre las elecciones en España, analizada también en comparación con otros sistemas representativos de Occidente. Pasa revista a las diferentes interpretaciones o explicaciones del comportamiento electoral en España durante el siglo XIX y la primera parte del siglo XX –por ejemplo, las de tipo cultural, estructural o socioeconómico, y el problema del caciquismo–, y las sitúa dentro de su contexto histórico, con

una lectura original y objetiva. Traza la evolución de los comicios en este país y las relativamente numerosas trabas y dificultades que no tenían soluciones fáciles, aunque indica, a mi juicio correctamente, una mejora progresiva durante la primera parte del siglo XX. Esta contextualización, que muchas veces es lo más difícil para un joven estudioso principiante, en este caso está lograda con la madurez de un historiador de años de experiencia.

Si por mucho tiempo se interpretaba a España como un país “excepcional” y diferente en términos casi exclusivamente negativos, con la consolidación de la democracia actual se ha pasado a veces al otro extremo, con la insistencia en que el país no es de ningún modo diferente, sino que su historia y su comportamiento son los mismos que los de cualquier otro país moderno, lo que puede ser otra clase de mito. Lo que se encuentra en este libro es un enfoque equilibrado, demostrando un conocimiento maduro no meramente de la historia de las elecciones sino también de la historia política en términos más amplios. El dominio del tema que el autor demuestra, tanto en términos intelectuales como puramente empíricos, indica que podría darnos eventualmente el gran estudio de toda la evolución electoral histórica del país que hace falta.

Más del 80 por ciento del libro se dedica a un estudio sistemático de cada una de las dimensiones importantes de las elecciones de 1933: el contexto político y la reforma electoral republicana, los partidos y sus candidaturas, la movilización de la campaña con los programas y la propaganda políticos, los conflictos, la violencia y los trapos sucios de la campaña, las vicisitudes de la jornada electoral, los resultados, las claves de la victoria, el grado de fraude y corrupción, las consecuencias y el lugar de esta experiencia en la historia de España. Se trata del estudio más completo y sistemático que se ha hecho jamás de unas elecciones individuales españolas.

El trabajo de investigación es exhaustivo. Abarca a todas las fuentes asequibles, desde las básicas materias políticas y los periódicos a los archivos y estadísticas oficiales. No hay otro estudio de unas elecciones históricas basado en un banco de datos de esta amplitud. Es, en este aspecto, un modelo en su género.

Pues bien, ¿cuáles son las conclusiones principales? ¿Qué hay de nuevo de importancia? Primero, este estudio demuestra que la República consiguió abrir el sistema electoral de verdad, que permitió llevar a cabo las primeras elecciones democráticas en que podían participar todos los sectores que lo deseaban, incluyendo, por vez primera, las mujeres. Estas conclusiones iniciales no son novedosas, pero los otros aspectos principales sí lo son. Por ejemplo, no todo el comportamiento fue tan nuevo y progresista, porque muchas de las prácticas y vicios electorales anteriores no habían desaparecido completamente. El papel de notables siguió siendo significativo en algunas provincias y el fenómeno del “encasillado” no había desaparecido totalmente, aunque las circunstancias y la funcionalidad cambiaron.

Fue la primera campaña “moderna” en el país, mucho más que la de 1931, y las derechas fueron las más innovadoras en la técnica. Las elecciones no fueron modélicas en su desarrollo, porque hubo bastante violencia, con 28 muertos, pero estas alteraciones del orden no alcanzaron dimensiones suficientes para desvirtuar básicamente la campaña y la votación. El mismo sistema electoral, de diseño tan desproporcionado, influía mucho. Los resultados del voto femenino, admitido en España por vez primera, fueron complicados y no favorecieron tan exclusivamente a la derecha como normalmente se ha dicho.

El análisis de los resultados es la parte individual más importante, muy completo y cuidadosamente matizado. Notable es el estudio del abstencionismo, principalmente anar-

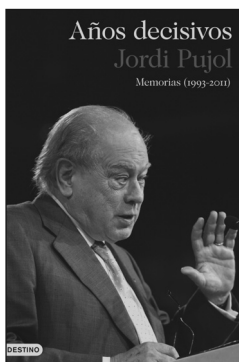
quista, y sus consecuencias, que fueron complicadas pero en algunos casos no tan significativas como normalmente se ha alegado. Por lo general, la comisión de actas de las Cortes nuevas funcionó de un modo responsable, mucho más que su sucesora de 1936, tan criticada por todos los historiadores. Y las izquierdas, desunidas, no aceptaron su derrota, que calificaron de “golpe de Estado electoral”, sino que pidieron la anulación de los resultados y elecciones nuevas, un mal augurio para el porvenir del sistema. El libro concluye con 32 páginas de tablas que presentan las estadísticas de votos completas.

A pesar de varios obstáculos, algunos de ellos importantes, las de 1933 fueron elecciones de verdad auténticas y democráticas. Lo más importante de esto no es meramente el hecho en sí, sino lo que revela de la España de aquellos años de la depresión. Se ha insistido, por ejemplo, en la importancia de factores estructurales en el fracaso de la democracia y el advenimiento de la Guerra Civil tres años después, dando énfasis a las

consecuencias del subdesarrollo económico. Que la España de la Segunda República no estaba a la altura económica de Francia e Inglaterra es evidente, pero el éxito de las elecciones de 1933 demuestra que tampoco era meramente un país atrasado e incapaz de alcanzar en ese momento un grado considerable de expresión y estructura cívicas. Un cierto nivel de modernización sí que había sido alcanzado, aunque la dinámica política posterior estropeó sus posibilidades. Algunos logros políticos muy positivos no fueron consolidados, como pasó igualmente en el caso de la República de Weimar, bastante diferente del de España, pero, sin embargo, con algunas similitudes importantes.

En resumen, este libro marca un hito en la historiografía de las elecciones en España, un antes y un después. Es el mejor estudio monográfico que se ha hecho jamás, y un modelo y un ejemplo para los trabajos que vendrán en el porvenir.

STANLEY G. PAYNE



Jordi Pujol: Memorias (1993-2011)

Años decisivos. Memorias (1993-2011)

JORDI PUJOL

Con la colaboración de Manuel Cuyàs.

Traducción de Agnès González Dalmau.

Barcelona, Destino, 2012, 304 páginas.

El expresidente de la *Generalitat* de Cataluña, Jordi Pujol, ha publicado en 2012 el tercer y último volumen de sus extensas memorias, en versión catalana y castellana. Ha contado, como

en las ocasiones anteriores, con la colaboración del periodista Manuel Cuyàs. En 2007 vio la luz la primera entrega, dedicada a sus primeros cincuenta años de vida, entre 1930 y 1980. Eran,

como rezaba el subtítulo, la historia de una convicción. Ninguna anécdota refleja mejor la voluntad de este político de estar en todo momento al servicio de Cataluña o, como se ha denominado popularmente –hasta convertirse en lema identificador del pujolismo–, de “hacer país”, que la del día de su boda con Marta Ferrusola. En los brindis, Pujol aseguró que su pasión primera y fundamental era Cataluña y que, en consecuencia, esta pasaría en muchas ocasiones por delante de esposa y familia. La fórmula no era pura retórica. El volumen, en el que destacan el paso por la prisión y la fundación de Banca Catalana y de *Convergència Democràtica de Catalunya* (CDC), termina en 1980. En aquel año Pujol se convirtió, tras la victoria de su partido en las elecciones autonómicas, en presidente de la *Generalitat*, ocupando el puesto de Josep Tarradellas.

El segundo volumen, *Memorias (1980-1993). Tiempo de construir*, que se publicó en 2009, parte de aquel trascendental momento y se centra en el periodo 1980-1993, los primeros trece años en los que Pujol gobernó la comunidad autónoma y pudo proseguir, ya investido oficialmente al frente de su principal institución, la tarea de “construir Cataluña”. Esta última expresión, que el autor utiliza con frecuencia, condensa a la perfección sus ideas e inspiró, como nos recuerda, sus casi veinticuatro años de gobierno. El libro llega hasta las elecciones legislativas de 1993, en las que el PSOE de Felipe González perdió la mayoría absoluta y *Convergència i Unió* (CiU) se convirtió en una fuerza política decisiva en España. Proyecto, programa y emoción, afirma Jordi Pujol, constituyen los tres ingredientes que la acción de un político debe poseer. Y a contar cómo se concretan en su caso y en su voluntad de construir Cataluña están dedicadas las páginas de la obra.

El último volumen, que ha sido editado en 2012, se abre con los felices días del pujolismo en 1993, esto es, con un aumento de la influencia de CiU en la política española, el con-

trol indiscutido de la *Generalitat* y, en lo privado, con la llegada de una promoción de nietos del gobernante. La primera frase del libro resulta de notable interés y enlaza con la idea central, simplemente presentada aunque de consecuencias densas, de los dos anteriores: “Yo, en el fondo, no soy más que un patriota catalán”. Las memorias de Jordi Pujol, tanto este volumen como los precedentes, están escritas en un estilo ágil y cuidado y resultan de amena lectura. La primera entrega es, si duda, la más apasionante, la segunda la más institucional y, por último, esta constituye la más complaciente –no esperen encontrar comentarios sobre hechos y actuaciones que han terminado en los juzgados, pongamos por caso– y desconcertada. O desconcertante, si se prefiere. Como quiera que sea, suponen, en conjunto, un importante testimonio de una época. A lo largo de todas sus páginas descubrimos a un personaje culto, de rara inteligencia y de notable talla política, sobre todo en comparación con sus sucesores al frente de la *Generalitat* (José Montilla, Pasqual Maragall y Artur Mas, que no cito en orden cronológico, sino de mayor a menor mediocridad política). No sé si Jordi Pujol ha conseguido construir Cataluña, pero sí ha sido la pieza clave en la construcción de una Cataluña, la actual, con sus muchos logros y sus virtudes, pero también con evidentes fracasos y defectos.

La obra está compuesta por cuatro partes, dedicadas, respectivamente, a la política española, al partido, a la obra de gobierno y a la Cataluña post-pujolista, y un epílogo, en el que fundamentalmente se reflexiona y opina sobre la situación catalana presente. En la primera parte se abordan, en especial, las colaboraciones de la formación pujolista con los Gobiernos de Felipe González y de José María Aznar. Sostiene el político catalán que en la base de estas se encontraba la idea de mejorar la relación entre Cataluña y España a partir del establecimiento de unas normas de lealtad con las principales fuerzas españolas de izquierda y derecha. En ambos casos, sen-

tencia el autor, se trató de una vana ilusión. Hasta fines de 1991, argumenta, el PSOE había gobernado bien y, después de 1993, decidieron apoyarle. El pacto posterior con el PP fue bueno para Cataluña, aunque la escenificación resulte criticable por excesiva. Pujol define a Aznar como “un hombre de palabra”. Critica abiertamente, sin embargo, su voluntad de imponerse en Cataluña a partir de la disolución de CiU en el PP, dando fin a la cuestión catalana, cuyo primer paso era la entrada de ministros catalanistas en el Gobierno de la nación. Para Pujol, esta estrategia significaba desconocer lo que era, en realidad, un partido nacionalista como el que él dirigía.

En las páginas dedicadas a su formación política vuelve a insistir en tres ideas ya desarrolladas, sobre todo, en el segundo volumen de las memorias. Por un lado, la definición de su nacionalismo –clave de la vida y la actuación de Jordi Pujol– como nacionalismo de signo personalista. De otro, la afirmación de que el objetivo fundamental de *Convergència*, su auténtica razón de ser, era y es, no el ejercicio del poder, sino el servicio a Cataluña. Finalmente, la ubicación de sus propuestas en el espacio del centro-izquierda: una fuerza de equilibrio y de centro, inclinada hacia la izquierda, centrada en Cataluña, muy europeísta y con voluntad de intervención positiva en la política española. La realidad política desmiente las apreciaciones de Jordi Pujol. CiU constituye un partido de centro y de derecha. El pasado que no pasa –o que no se quiere dejar que pase, instalados en una normalidad anormal– sigue traicionando a Pujol y a tantos otros, haciéndoles identificar derecha con franquismo y aspirando a ser miembros de una izquierda supuestamente impoluta. Artur Mas, y no el líder demócrata-cristiano Josep Antoni Duran i Lleida, como algunos ingenuamente llegaron a pensar, iba a sucederle al frente de CiU.

El relato de las actuaciones de los últimos gabinetes que el gobernante nacionalista presi-

dió en la *Generalitat* ocupa la tercera parte. El balance es muy positivo: “bueno y del que me siento orgulloso”, sostiene Pujol. Complaciente y no desprovisto de dosis de victimismo –lo malo viene frecuentemente de fuera, ya se sabe–, en mi opinión. Los Gobiernos tripartitos posteriores, sin embargo, lo echaron a perder: Cataluña, como país, en lo político y en lo económico, ya no tiene, en 2010, el prestigio y la buena imagen que poseía con él al frente. Domina el desconcierto y la poca seriedad. Tiene razón, en parte. Un par de reflexiones de Pujol merecen especial atención. En primer lugar, la crítica a la sobreexcitación ecologista, alentada por la izquierda, como freno al desarrollo. La cultura del no, el sectarismo y el poco sentido de bien común han perjudicado gravemente a Cataluña. En segundo lugar, la reafirmación del éxito de la política lingüística –“normalización”, en lenguaje nacionalista– desarrollada por el Gobierno catalán, en la que la escuela y la inmersión han tenido un papel capital. La nueva inmigración ha abierto, no obstante, nuevos retos.

Después de Jordi Pujol, el diluvio. De esta manera podría resumirse la cuarta parte, dedicada a los años 2003 a 2010. Cataluña ha ido mal por dos razones: por el pésimo Gobierno del tripartito PSC-ERC-IU, y por librar una batalla, la del *Estatut*, sin haber hecho un cálculo de riesgos. El resultado de ello es, por un lado, el deterioro de la relación con España –asegura Pujol que nunca había sido tan grave, excepto durante el primer franquismo, tras la Guerra Civil de 1936-1939–; de otro, en clave interna, el desconcierto y desorientación de la propia sociedad catalana. El epílogo de la obra permite al autor insistir en todo ello. La situación de Cataluña, en 2010, puede ser calificada como muy crítica, en todos los sentidos. Insiste Pujol, sin embargo, en el tema de las relaciones con España: desafección catalana, puentes rotos, gran hostilidad española para con Cataluña. Existe un ahogo financiero, una seria amenaza contra la identidad cata-

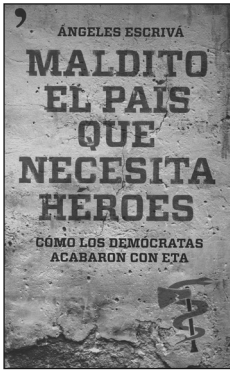
lana y, en concreto, la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el nuevo Estatuto es calificada como demoleadora y como una auténtica burla. En consecuencia, él se declara radicalmente ofendido en su dignidad y levanta acta de su fracaso propio, pero también de Cataluña y de todos los catalanes, en el intento de relacionarse con España. De ahí al apoyo, implícito o explícito, a la vía independentista existe solamente un pequeño paso, que Jordi Pujol, en su particular buena lógica, está, en la actualidad, dispuesto a dar.

Sin embargo, este viraje final del político nacionalista catalán debe entenderse, me parece, igualmente como sus prolijas memorias en tres volúmenes, como un elemento más de su gran preocupación, que en ocasiones se vuelve obsesión, por la posteridad, por el tan manido juicio de la historia. Lo sugerí ya en una pequeña reseña que publiqué en el periódico *El Imparcial* tras la salida a la calle, en 2011, del librito de Pujol titulado *Residuals o independents? Quan es trenquen els ponts [¿Residuales o independientes? Cuando los puentes se rompen]*. Una anécdota contada por el periodista Rafael Nadal, que fuera director de *El Periódico de Catalunya* entre 2006 y 2010, ilustra bien mi aseveración. El retrato de Jordi Pujol, que abre el libro de Nadal *Els mandarins*, lleva por título “La posteridad” y relata una conversación entre el periodista Arturo San Agustín y Pujol, en 2003, en los últimos meses de su mandato. —“Su problema”, le espeta en un momento de la entrevista el periodista, “es que no tiene ninguna obra para enseñar, para ser recordada”. —“Hombre, San Agustín. Si no hemos parado de hacer escuelas, ambulatorios, polideportivos...”, reacciona el Muy Honorable. —“Nada. De todo eso, no se va a recordar nada”. —“¿Y

algún hospital? ¿Alguna carretera?” —“Tampoco. Yo le hablo de una imagen que resuma su presidencia. De un símbolo para la historia”. El presidente se agita, inquieto, en su silla, y lanza la pregunta siguiente: —“Y qué han hecho otros para que se les recuerde”. El periodista alude a Kohl y la unificación alemana, así como a Mitterrand y la pirámide del Louvre. Pujol se echa para atrás y cierra momentáneamente los ojos. De golpe se reincorpora e interroga a su interlocutor: —“Y Maragall. ¿Qué obra va a recordarse de Maragall?” —“Los Juegos Olímpicos”, contesta San Agustín. Vuelve a hundirse en la silla y la entrevista llega a su fin. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, Jordi Pujol llama a la redacción del periódico: —“San Agustín, hoy me parece que no he dormido demasiado bien por su culpa. Deberíamos terminar con nuestra conversación”.

¿Cómo no ser eterna y reiteradamente recordado cuando se ha dedicado toda una vida a “hacer país” y a “construir Cataluña”? ¿Cómo no seguir en primera línea cuando se ha identificado la vida propia con la de su país? ¿Cómo mantenerse al margen ante la mediocridad de los que se ocupan de continuar su “obra”? ¿Cómo no seguir vigilante sobre el desarrollo y las derivas de una construcción que vale una vida de trabajo y dedicación? Estas memorias aportan respuestas a estas y a muchas otras preguntas. Terminan, como hemos visto, en 2010, lo que no significa, en ningún caso, que Jordi Pujol esté dispuesto a renunciar a seguir de una u otra manera consagrado, como le dijo a su flamante esposa en su ya lejana boda, a su máxima pasión, esto es, Cataluña.

JORDI CANAL



Maldito el país que necesita héroes

Cómo los demócratas acabaron con ETA

ÁNGELES ESCRIVÁ

Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2012, 637 págs.

Desde que ETA anunció el cese definitivo de la actividad armada en octubre de 2011, han surgido narrativas que interpretan con parcialidad la historia de la organización terrorista para convertirlos en los demócratas que no se integraron en la Transición. Unas narrativas que juzgan con benevolencia su utilización de la violencia como medio de afirmación política. Para desmitificar estas imposturas sobre el terrorismo, Ángeles Escrivá analiza históricamente la trayectoria de la organización terrorista y su enfrentamiento con la democracia española, especialmente a través de las respuestas de los Gobiernos del Partido Popular y del PSOE.

Como preámbulo, el primer capítulo recoge una conversación con Jesús Eguiguren –actual presidente del PSE–, en la que éste defiende que dialogó durante años con Batasuna y ETA porque una parte de la sociedad vasca no se había integrado en el sistema constitucional como consecuencia de una fractura entre liberales y carlistas. Entonces, “la democracia representativa y constitucional no le vale a una parte de Euskadi” (pág. 17). Con el objetivo de impedir más muertes, Eguiguren considera necesario apelar a una “ética de la responsabilidad” que justifique los actos por sí mismos, por sus causas y por sus consecuencias. Esta justificación

explicaría muchas decisiones del Gobierno socialista que, desde 2004 y hasta 2011, sacrificó “muchos de los principios establecidos hasta ese instante con el argumento de que el fin había de ser obtener el bien mayor de acabar con el terrorismo” (pág. 18).

Los siguientes capítulos explican las medidas normativas, políticas y policiales que el socialismo utilizó para combatir el terrorismo durante los años anteriores a los Gobiernos de Aznar. Estas medidas, que respondían a las amenazas inmediatas, no partían de una reflexión profunda y al utilizar medios dispares –en ocasiones contrarios al Estado de Derecho– resultaron contraproducentes. Desde 1996 y durante los Gobiernos del Partido Popular, la política antiterrorista descansó sobre una premisa innovadora: ETA no es solo una estructura de comandos terroristas, sino un entramado político, económico y social. Por tanto, la lucha antiterrorista debía responder a un enfoque policial, social, económico, internacional y político.

Las actuaciones policiales, operativamente muy eficaces, partían de la convicción del Gobierno en la superioridad moral de la Constitución de 1978 frente al terrorismo. Fruto de este convencimiento, el Gobierno cerró todas

las vías abiertas de diálogo con ETA y su entorno político. También abordó el terrorismo callejero, tolerado y amparado en hogares nacionalistas, con la extensión de la responsabilidad económica de los daños a los padres que tuvo como consecuencia la drástica disminución de la violencia urbana.

Durante estos ocho años, nos recuerda Ángeles Escrivá, España asistió a la escalofriante imagen de Ortega Lara después de su liberación y a una ofensiva de asesinatos –como el de Miguel Ángel Blanco– con las que ETA pretendía “socializar el sufrimiento”. El nacionalismo también planteó desafíos como el Pacto de Lizarra, en el que ETA, PNV y EA acordaron llegar a entendimientos puntuales con el objetivo de una pretendida construcción nacional, y el “plan Ibarretxe”, en realidad un desafío al Estado con la excusa de un pacto político basado en la libre asociación del País Vasco y España a través de la soberanía compartida. Como respuesta, el Partido Popular intentó mantener al PSE dentro de la Constitución al mismo tiempo que impedía que fructificase cualquier posibilidad de renegociar el marco jurídico político.

Para Ángeles Escrivá, “la documentación acumulada durante todos estos años demostró también que cuando ETA anunciaba una tregua era porque consideraba que esta era otra ‘forma de lucha’, y que su presencia institucional no debía ‘confundirse con la participación institucional’. Para la banda, estar en las instituciones siempre ha sido un mero instrumento” (pág. 58). En ese sentido, la tregua de 1998 fue consecuencia de la negociación de ETA con los nacionalistas vascos, no con el Gobierno. La reunión que los enviados del Gobierno mantuvieron con ETA, que posteriormente algunos han tratado de equiparar falsamente con la negociación entre el Gobierno socialista y la organización terrorista, fue un mero contacto exploratorio. En esta reunión, los enviados del Gobierno señalaron

que “un Gobierno no puede hacer un debate político con una organización armada, por ejemplo, para cambiar la Constitución”. Esta distinción entre los acuerdos políticos, que deben negociar los partidos políticos, y el papel de las instituciones como garantes del sistema constitucional suscitó que ETA censurase que el Gobierno se había situado como “un observador ajeno al proceso”.

En el marco de este acoso multidimensional a ETA, para evitar que quienes buscan la destrucción del sistema constitucional obtuviesen beneficios económicos de las instituciones democráticas, el Gobierno diseñó la Ley de Partidos Políticos –que permitía ilegalizar a las formaciones instrumentalizadas por el terrorismo–. La sentencia del Tribunal Supremo, que ilegalizó a HB, EH y Batasuna por ser incompatibles con la democracia al lesionar los derechos fundamentales de los demás, consideraba que estos tres partidos no eran el entorno de ETA, ni tampoco simpatizantes de ETA, porque simplemente eran ETA.

Los éxitos operativos obtenidos por el Gobierno en la lucha antiterrorista situaron a ETA al borde de la derrota y terminaron con el falso mito de la invencibilidad de ETA. Pero algo cambió con la victoria electoral del PSOE en 2004. Señala la autora que “el PSE dio la impresión de estar desembarazándose de ciertas ataduras que le tenían constreñido y vinculado al PP en la configuración del bloque constitucionalista” (pág. 390). Durante la primera Legislatura del Gobierno de Zapatero, el cambio de estrategia y de actitud del Gobierno socialista quedó patente con el acto de Anoeta, el 14 de noviembre de 2005, en el que Arnaldo Otegi anunció un esquema de negociación con dos mesas –una política y otra técnica–. Un acto que sirvió para que un partido ilegal, en palabras del propio orador, recuperara la centralidad en la política vasca. En este cambio de estrategia primaron los criterios de oportunidad política en lugar del principio de legalidad.

Las intervenciones de Eguiguren pasaron de defender “más Estatuto” a plantear la posibilidad de convocar un referéndum de autogobierno en el País Vasco. Tiempo después se supo que Eguiguren había realizado una extensa diplomacia de los caseríos con Batasuna a espaldas del Gobierno del Partido Popular. Las conversaciones de Eguiguren con Batasuna dieron un salto cualitativo cuando el Gobierno se reunió con ETA en el extranjero. El proceso de negociación –con una hoja de ruta centrada en la soberanía y la territorialidad por parte de ETA y del encaje legal de los abertzales en el marco jurídico por parte del Gobierno socialista– fue escenario de las tensiones surgidas entre Batasuna y la organización terrorista. El dominio efectivo de ETA sobre Batasuna, y no una represalia del Gobierno socialista después del atentado de la T-4, es lo que finalizó el proceso negociador. Como consecuencia de las negociaciones, el Gobierno socialista concedió legitimidad a una organización terrorista derrotada y suspendió temporalmente el Estado de Derecho al intentar influir en actuaciones judiciales.

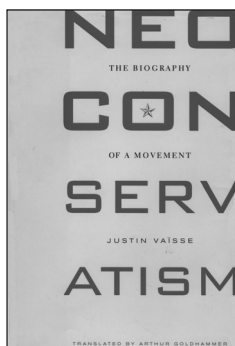
Desde 2008, el Gobierno del PSOE decidió combatir a ETA operativamente y permitir que la izquierda abertzale se recompusiese para vaciar de contenido y legitimidad a ETA. Esta apuesta, que olvidaba las sentencias judiciales que demostraban que ETA y Batasuna son lo mismo, tuvo que afrontar que el Tribunal Europeo de Derechos Humanos confirmase por unanimidad que ilegalizar las marcas políticas de ETA fue una decisión formalmente lícita que constituía un acto materialmente

justo para la salvaguardia de las libertades y del sistema democrático.

Mientras el Gobierno socialista agotaba los últimos meses de Legislatura en 2011, los mediadores internacionales contribuyeron frívolamente a difuminar las distinciones morales entre agresor y víctima. También impidieron la escenificación de la derrota de ETA como consecuencia de la actuación del Estado. En un momento en el que esta derrota no debe convertirse en una victoria política para los abertzales, las propuestas –como la del lehendakari Patxi López– que defienden una narrativa en la que no hay vencedores y vencidos, aumentan el riesgo de redimir a una organización terrorista y su entorno de la tarea de demolición del régimen constitucional y de los centenares de asesinatos cometidos durante décadas.

Maldito el país que necesita héroes es un recordatorio histórico que, sin emitir juicios de valor, nos recuerda que el proyecto terrorista no admite ningún tipo de encaje legal, porque quien solo busca la ruptura de un sistema ejemplar en su generosidad política no tiene cabida en el mismo. Del mismo modo, este libro demuestra que los Gobiernos no son iguales en la lucha contra el terrorismo, porque existen buenas prácticas capaces de derrotar policial y políticamente a las minorías radicalizadas que solo se representan a sí mismas y porque, por el contrario, existen actuaciones contraproducentes que pueden incentivar desafíos semejantes para las democracias liberales.

MARIO RAMOS VERA



Neoconservatism The Biography of a Movement

JUSTIN VAÏSSE

Ed. The Belknap Press of Harvard University Press, 366 páginas.

La obra que aquí se reseña es un nuevo intento por analizar un fenómeno tan complejo como es el del neoconservadurismo. Aunque en la actualidad el fenómeno del neoconservadurismo ha sido objeto de numerosas obras y análisis –muchas de ellas, y particularmente en España, de naturaleza conspirativa–, siempre es de agradecer la aparición de obras que ayudan a entender de manera objetiva a uno de los grupos ideológicos más importantes y complejos de la política exterior estadounidense actual.

Justin Vaïsse, destacado investigador del conocido *think tank* estadounidense The Brookings Institution, ofrece un recorrido integral desde los orígenes del neoconservadurismo hasta la actualidad. La tesis más interesante que sostiene la obra de Vaïsse es la existencia de tres generaciones de neoconservadores cuyo ideario iba a sufrir una evolución radical desde sus fundadores hasta la actualidad. A través de estas tres generaciones diferentes de intelectuales y responsables políticos –la mayor parte de cuya existencia estuvo ligada al Partido Demócrata–, el autor expondrá cómo aquellos intelectuales interesados principalmente por cuestiones de política interna acabarían convertidos en algunos de los dirigentes destacados que influirían –entre otros– para que la guerra de Iraq fuese posible.

De tal forma, Vaïsse explica los orígenes del neoconservadurismo desde sus fundadores en el periodo de entreguerras, vinculados a movimientos de izquierda radical en su mayoría –en un momento, con el surgimiento del *New Deal*– en el que las concepciones del liberalismo estadounidense y europeo iban a distanciarse de una manera irreversible, hasta los disidentes demócratas del *Movement for a Democratic Majority* y sus intentos de enfrentarse a los postulados de una “nueva izquierda” que iba surgiendo desde los años 60 haciendo de los “derechos de las minorías” uno de los elementos principales de su programa político.

Quedan igualmente reflejadas las tribulaciones de los miembros de una segunda generación de neoconservadores en relación a la postura sostenida por ciertas corrientes del Partido Demócrata a raíz de la guerra de Vietnam y la definitiva ruptura con su partido de origen tras los destacados desacuerdos con la política exterior de Jimmy Carter. La partida mayoritaria de muchos de sus miembros al seno de la Administración Reagan supondrá el comienzo real de su influencia dentro del Partido Republicano que culminaría, ya en una tercera generación interesada principalmente en cuestiones de política internacional, con la Administración de George W. Bush después del 11 de Septiembre.

El capítulo otorgado a la Administración Reagan y el cuestionamiento de la realización de una política exterior neoconservadora integral por parte del citado presidente, pese a la integración de miembros tan destacados del movimiento como Jean Kirkpatrick, es uno de los puntos fuertes de la obra junto con la definición de las diferentes generaciones de neoconservadores o el rechazo a ciertas simplificaciones que identifican el movimiento con la identidad judía de algunos de sus integrantes o resaltan el papel fundamental del filósofo Leo Strauss. Sin embargo, pese a la fortaleza y el interés de algunos de los argumentos de Vaïsse, existen algunos aspectos que podrían plantear ciertas debilidades en su obra.

Por una parte, el autor es quizá demasiado generoso a la hora de otorgar credenciales de neoconservador a muchos de los autores –algunos de los cuales ni siquiera habían oído hablar de tal concepto– que pudieron estar parcialmente de acuerdo con algunos de los puntos de su programa político, incurriendo en el mismo error que se achaca a Robert Kagan en relación a la supuesta existencia de una política exterior neoconservadora *per se* tras el final de la Segunda Guerra Mundial. En segundo lugar, hay ocasiones en las que su recurso a detalles concretos oscurece una visión clara de la evolución del movimiento, por lo que es necesario recurrir a la introducción o conclusiones para hacerse una idea de un hilo argumental más claro que el expuesto a lo largo de la obra. En tercer lugar, hay ocasiones en las que la existencia de un movimiento tan complejo y con una evolución tan radical, particularmente en posiciones de política internacional, hace preguntarse al lector si no sería conveniente distinguir con un nombre distinto a las diferentes generaciones del movimiento, o incluso recurrir a la más genérica de las clasificaciones –por muy simplista que sea– de realista e idealista para calificar a los distintos autores o a las diferentes co-

rientes de la política exterior estadounidense expuestas por el historiador Walter Mead.

Incluso el supuesto nexo que, en ocasiones, pretende hacer el autor entre las políticas de expansión de la democracia de la tercera generación y la visión de los autores de la segunda, debería analizarse con cuidado teniendo en cuenta la posición de destacados miembros del movimiento como Irving Kristol. En este sentido, la crítica a una política como la distensión, perteneciente a una doctrina realista concreta –entre otras muchas posibles– como la de Kissinger, no es necesariamente un factor de identificación ni de los neoconservadores en sí mismos ni de sus rivales realistas –no todos han coincidido necesariamente en la defensa de las posiciones de Kissinger en este u otros muchos supuestos.

De hecho, tras la lectura de su obra cabe preguntarse si es posible hablar de un movimiento neoconservador o un grupo ideológico en sí mismo –como el propio Vaïsse admite– que trascienda las diferentes generaciones del movimiento teniendo en cuenta las discrepancias, en ocasiones radicales, entre los distintos miembros del neoconservadurismo o más bien deberíamos hablar de una forma de persuasión o unos –pocos– elementos en común que harían que personas con muy diferentes visiones del mundo y en contextos históricos distintos pudiesen compartir, ocasionalmente, una serie de puntos ideológicos concretos como ocurrió tras el 11 de Septiembre.

Igualmente se echa en falta un mayor estudio de las relaciones entre los neoconservadores de tercera generación y los liberales intervencionistas del Partido Demócrata –Madeleine Albright, Susan Rice, Strobe Talbott, Tony Lake etc.–, que explicaría el mayor parecido de la política internacional de Clinton y George W. Bush que las que estas tendrían con las de Obama o Bush padre. Esta relación ha sido puesta de manifiesto en la actualidad por au-

tores como Tony Smith¹, que expone, no sin razón, que las aportaciones teóricas de dicho movimiento han sido elaboradas por académicos que han optado por visiones mayoritariamente liberales o idealistas en el ámbito internacional; opinión compartida por el destacado autor neorrealista Stephen M. Walt². Según esta teoría, existiría un relativo consenso entre ambos grupos ideológicos en intervenciones como Iraq o Libia y en conceptos como la paz democrática, la responsabilidad de proteger y la idea de Estados Unidos como la “nación indispensable”; todo lo cual les distinguiría frente a sus rivales realistas presentes

tanto en el Partido Demócrata como en el Republicano.

En cualquier caso y pese a las críticas que pudiesen realizarse a la citada obra, merece la pena leer un libro que ha conseguido exponer como pocos la evolución del pensamiento político e intelectual de los protagonistas de un movimiento que seguirá manteniendo una enorme relevancia en los círculos de pensamiento político de Washington.

JUAN TOVAR RUIZ



Una historia política de los intelectuales

ALAIN MINC

Traducción de Mónica Rubio

Duomo Perímetro, Barcelona 2012, 487 páginas

Quizá este libro no sea para tanto como hacen pensar los primeros capítulos de *Una historia política de los intelectuales*, texto que, como se reconoce en la bibliografía, mucho debe a los imprescindibles de Michel Winock, *El siglo de los intelectuales* y *Les Voix de la liberté*, porque Alain Minc no llegará a desenvolver el caramelo que nos pone en las manos.

En la Introducción, sobre todo, pero también en los trepidantes e incisivos capítulos iniciales, el autor, que se llama a sí mismo “intelectual de

pacotilla”, señala su interés por situar el punto de partida de ese particular linaje de personajes públicos que son los intelectuales. A pesar de que el concepto de “intelectual” se acuña a finales del siglo XIX con el caso Dreyfus, el intelectual moderno nace en el siglo XVIII cuando, alejado de la influencia de la realeza y la religión, adopta una postura de enfrentamiento al poder. Los intelectuales, de derechas y de izquierdas, se sitúan en el centro del mundo (“las palabras son actos; las ideas, armas; las teorías, cánones”) para proclamar sus ideas y opi-

¹ **Smith, Tony** (2008), “Wilsonianism after Iraq”, en Ikenberry, G.J. ed., *The Crisis of American Foreign Policy. Wilsonianism in the Twenty-first Century*, Ed. Princeton University Press, Princeton, pp. 66-74.

² **Walt, Stephen M.** (2011), “What Intervention in Libya tell us about the neocon-liberal alliance”, *Foreign Policy*, 21 de marzo.

nar sobre lo divino y lo humano. No todos los periodistas, filósofos, novelistas o poetas son necesariamente intelectuales: Bergson es filósofo, pero no intelectual; Sartre es filósofo e intelectual, ¿o solo intelectual?; Camus es novelista e intelectual, como Gide, Aragon o Zola, pero no Proust, que es simplemente Proust. Solo aquellos que pretenden influir en la sociedad serán intelectuales, una especie de hombres públicos que no gozan del agrado de Alain Minc, que los califica de malintencionados y logorreicos, per trechados como están en lo más alto de la jerarquía de la influencia social.

¿Así pues, se dirá el lector, por fin alguien se atreve a poner en solfa a los predecesores de esos personajes públicos, histrionicos y auto-complacidos, que inundan las tertulias radiofónicas y televisivas con sus opiniones políticas, económicas, sociales, religiosas, ateístas, emocionales, psicológicas, sociológicas, comerciales, financieras o académicas? ¿Alguien por fin capaz de relativizar la validez de argumentos que no tienen más fundamento que las creencias personales de quienes los esgrimen? Sí pero no, porque lo que se anuncia a bombo y platillo en los capítulos iniciales, se vuelve impreciso, un tanto superficial y faragoso a medida que avanza el libro, porque reclama una complicidad que no siempre es posible concretar y porque esa historia política está, por decirlo de alguna manera, demasiado apegada a Francia y sus conflictos.

Este hombre de letras que se implica en el debate público, “independientemente incluso de su arte”, es un personaje genuinamente francés, y su influencia en la Europa de los siglos XVIII y XIX tiene que ver con la utilización que hacían las élites de la lengua francesa. Y aunque ni Fichte, Hegel, Marx o Nietzsche, por poner las grandes figuras del pensamiento alemán del siglo XIX, “se erigen como opositores al poder de un sistema político”, la figura del intelectual se extenderá por todo el continente, mundo latino incluido (léase Es-

paña, con figuras como Clarín y Unamuno, e Italia, con Manzoni y Goldoni a la cabeza). No por los Estados Unidos, donde la cultura “es un instrumento de promoción y no de contestación” y en donde los escritores, salvo excepciones (Thoreau y, en la actualidad, tal vez Chomsky o Gore Vidal), se dedican a sus obras, donde tienen sectas de todo jaez para criticar y marcar tendencias de opinión.

Ingeniero diplomado, ex inspector de Hacienda, consejero político, economista, dirigente de empresa, ensayista judicialmente condenado por plagio de un libro sobre Spinoza y apartado del Consejo de Vigilancia de *Le Monde* por sus simpatías por Sarkozy, Alain Minc es un intelectual polémico que goza de cierto prestigio en España, en tanto que es miembro independiente de los consejos de administración de Criteria Caixa y Prisa. Siguiendo la estela de esos intelectuales a los que critica en *Una historia política de los intelectuales*, lo mismo manifiesta sus preferencias por Felipe González en detrimento de Zapatero, que insiste en la fortaleza que le da a España la conexión con América Latina y los más de cincuenta millones de hispanos en Estados Unidos, o que señala en 2009 el buen estado de salud del sistema financiero español (sin comentarios).

En materias de creencias y actitudes, Isaiah Berlin lo exponía muy bien, no hay objetividad posible y la sinceridad no siempre constituye una razón de peso. El libro de Alain Minc obedece a su personal, y no siempre transferible, perspectiva del papel de los intelectuales en la historia de Francia, de los que, por más que quiera (“con un poco de mala intención juguetona”), no se distancia.

Tantos palos reciben derechas como izquierdas. Entre las páginas más personales están las que Alain Minc dedica a Voltaire, por considerarlo el primero en ejercer “sobre la sociedad un magisterio tan completo como el del rey sobre el Estado”, el primero en hacer de la

opinión pública un “ejército en sus manos”. Llama la atención la crítica despiadada a Chateaubriand, ese “intelectual fantasmático” más preocupado en esculpir su “propia estatua para la eternidad” que en la ideología o en el verdadero compromiso, a pesar de reconocerle el genio literario. Y en paralelo a Chateaubriand, a pesar de los siglos de distancia, Malraux, peor escritor, pero con más intuición para la historia, carismático e impulsivo, alguien a quien la Guerra Civil española convirtió en combatiente y en novelista.

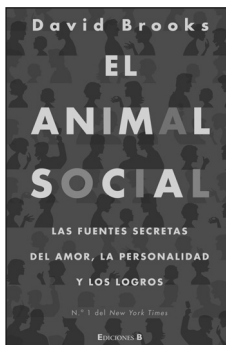
Hugo es el escritor que inventa, antes de que se popularice el realismo social de la literatura soviética, la “novela instrumento de combate político”. Nada despreciable es el análisis de aquellos escritores que, ya en el siglo XX, pusieron su pluma al servicio del Partido Comunista y sus ideologías. ¿Y qué dice del Sartre tibio con la ocupación nazi y estricto y parcial en sus actitudes una vez terminada la guerra? ¿Qué de Simone de Beauvoir y los otros mandarines existencialistas? Les critica, sobre todo, el haberse erigido en jueces supremos de lo que debía ser aceptado o no en el ámbito cul-

tural francés, pero esas críticas, aunque interesantes, resultan superficiales.

Y entre tanto dismantelamiento idolátrico, un par de nombres a retener. En primer lugar, Marc Bloch, “un héroe poco conocido”, a quien la derrota de Vichy convertirá en un intelectual cuyo compromiso le llevará a combatir a la ultraderechista Acción Francesa y a convertirse en jefe de los Movimientos Unidos de Resistencia. El autor de *La extraña derrota*, detenido el 8 de marzo de 1944, será fusilado el 16 de junio, pero su itinerario permanecerá ignorado porque, al no ser comunista, el PC “no se preocupó por asignarle la gloria póstuma”. En segundo lugar, Raymond Aron, el solitario, escurridizo y lúcido autor de *El opio de los intelectuales*, cuyo antiestalinismo se convertirá en el principal marcador de su pensamiento.

Quizás la ambición ha sido más productiva que el análisis, pero *Una historia política de los intelectuales* merece una ojeada. Aunque solo sea para saber de qué mal estamos muriendo.

LEAH BONNÍN



Más allá del absolutismo de la razón

El animal social

DAVID BROOKS

Traducción de Joan Soler, Barcelona, Ediciones B, 2012, 512 páginas.

Muy lejos quedan los tiempos en que un Thomas Jefferson podía recomendar la lectura bien metabolizada de Jenofonte o de Tucídides: los líderes mundiales de hoy prefieren las voces contemporáneas a los consejos de los

clásicos, en una amalgama que mezcla el republicanismo cívico de Philip Pettit que privilegió Zapatero, el “*cul de sac*” narrativo de Jonathan Franzen que encandiló a Obama o las épicas de la libertad que escribió Natan

Sharansky y que leyó la derecha global. Todo, sin citar al Eduardo Galeano que Chávez le regaló –o le asestó– a Obama.

El animal social de David Brooks figura en calidad de recién llegado a esta lista de libros presidenciales de prestigio y controversia; meses atrás, David Cameron lo respaldó con entusiasmo, mandó organizar seminarios sobre el libro y ordenó que todo su gabinete lo leyera. Hasta el laborista Ed Miliband se reunió con el autor. En consecuencia, de *El animal social* se ha podido escuchar hipérbolo tras hipérbolo, con los ministros *tories* bien obedientes a las inclinaciones de su líder: para el de Educación, Michael Gove, contiene las claves para mejorar el rendimiento escolar; para el de Universidades, David Willets, Brooks nada menos que “puede ayudar a definir el conservadurismo moderno”. Pero quizá fue el propio jefe de gabinete de Cameron, Oliver Letwin, quien selló la reputación venidera de *El animal social*, al definirlo *grosso modo* como la mejor plasmación de la idea *tory* de la Gran Sociedad.

Para bien o para mal, Letwin, ciertamente, puede arraigar el ensayo de Brooks en una tradición del conservadurismo inglés de prosapia tan importante como minoritaria: aquel sentido comunitario que, con sus últimas raíces en el “*noblesse oblige*” de la aristocracia británica, fructificó en los llamados “*tories One Nation*” o, despectivamente, los “*wets*”, hoy representados con eminencia por Ferdinand Mount. Contiguos al llamado conservadurismo compasivo, los integrantes de la rama conservadora *One Nation* han podido definirse por aquello a lo que se han opuesto: ante todo, al individualismo y al capitalismo según el legado de Margaret Thatcher, con quien en verdad distaron de vivir su mejor época. Véase que el propio Cameron –sobrino, por cierto, del mentado Mount– no dejó de alinearse con los postulados “*wets*” al reivindicar la dimensión social de la derecha en una declaración de intenciones de no poco

efectismo: “sí existe una cosa llamada sociedad”, profirió el hoy primer ministro, en una curiosa lanzada a moro muerto al “*there is no such thing as society*” thatcheriano.

Desde que fuera rescatado de las garras de la izquierda por Bill Buckley –nombre de leyenda– hace tres décadas, David Brooks se ha inscrito en esta estirpe de la derecha comunitarista tan proclive a los malentendidos: la izquierda lo juzga como una derecha travestida de centro, en tanto que la derecha tiende a abominar de él como un centrista impuro. Él, por su parte, se define como un conservador a lo Teddy Roosevelt, y se reclama en la tradición anglojudía del “*think yiddish, act british*”: quizá lo propio en alguien que, de niño, llamó a sus tortugas Gladstone y Disraeli. En todo caso, su capacidad de intuición y observación y su prosa articulística de brillante imaginaria le han llevado de cumbre a cumbre, de los reportajes en *The Atlantic* a las columnas –desde hace casi una década– en *The New York Times*, donde funge en la cuota reservada al análisis social según las pautas del moderantismo clásico.

Si Brooks se hizo notar hasta la fama al dar el aire de una época con su retrato de los “bobos” (*bourgeois-bohemian*, burgueses-bohemios) a comienzos de siglo, en realidad es un lugar común muy acertado suponerle mucho mayor brillo como articulista que solidez y envergadura como ensayista de largo recorrido. Los lectores de sus columnas no dejarán de ver en *El animal social* no pocos refritos –sin duda legítimos– de las mismas. Pero, melancólicamente, su nuevo ensayo, pese a los espaldarazos políticos, a su ascenso a las listas de *best-sellers* y a su transformación en moda intelectual del día, no hace sino confirmar el diagnóstico de su musculatura más endeble como escritor de ensayos. Por eso buena parte de la crítica también le ha tratado con escepticismo: un contraste con las pretensiones épicas del libro, que en sus diversos subtítulos se vende como “la his-

toria de cómo se produce el éxito” o pretende revelar “las fuentes secretas del amor, la personalidad y los logros”.

A modo del *Emilio* de Rousseau, *El animal social* es un ensayo “ficcionalizado”, donde cada tesis se expone al hilo de los avatares vitales de sus protagonistas, Harold y Erica, desde que sus padres se conocen hasta la hora de la muerte. Ha habido no poco ensañamiento contra las habilidades narrativas de Brooks, pero falla menos la prosa que una estructura que simplemente aglutina estudio tras estudio de la más reciente literatura científica –psicología evolutiva, neurociencia, sociología, biología– a la hora de ilustrar su punto de partida: el cambio “revolucionario” que la investigación de las últimas décadas ha propiciado en nuestra percepción de nosotros mismos.

Brooks busca demostrar que el fracaso de tantas iniciativas de la política actual –de los planes urbanísticos a la guerra de Iraq, pasando por el aumento de los presupuestos escolares– se relaciona con que muchas decisiones ejecutivas “han sido modeladas a partir de visiones epidérmicas de la naturaleza humana”. Para el autor, los esquemas racionalistas propios de la tradición francesa son una horma incapaz de abarcar la complejidad de lo humano, por lo que reivindica de modo expreso la vigencia de la Ilustración británica, de Hume a Burke o el Adam Smith teórico de la moral, cuyos postulados han sido a su vez –afirma– verificados por la ciencia moderna: en nosotros, por ejemplo, pesa más “la emoción que la razón pura, las relaciones sociales que la elección individual, el carácter que el cociente intelectual”. Sin decursos psicoanalíticos, Brooks pone de manifiesto la centralidad de lo no cognitivo en nuestra vida: “el flujo inconsciente de emociones, intuiciones, inclinaciones, anhelos, predisposiciones genéticas, rasgos del carácter y normas sociales”. Si las críticas más reticentes han subrayado con negatividad el presunto uso de

los estudios científicos “*pro domo sua*”, en realidad lo que extraña es el difícil emplazamiento que otorga Brooks a la libertad y a la voluntad del individuo entre tantas fuerzas que lo determinan.

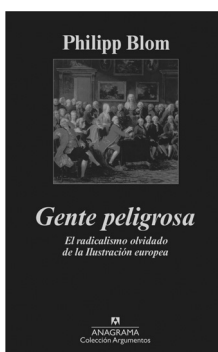
Más allá de la genuina curiosidad de los estudios citados, hay no pocos fogonazos intuitivos en la obra de Brooks, más para generar una actitud o una sensibilidad que para erigir un sistema. Es una inclinación, como se ha dicho, comunitarista, con gran capacidad para permear –véase, entre nosotros, a Víctor Pérez-Díaz– el discurso de la derecha en tiempos de incertidumbre, y que en buena parte nos retrotrae precisamente a las “instancias intermedias” del conservadurismo británico –familias, asociaciones, credos– como asideros de sentido para el hombre. Es la estima que merecen los vínculos y arraigos que actúan como núcleos de generación de confianza social.

Para Brooks, por ejemplo, en un comportamiento humano exitoso es clave no la competencia darwiniana, sino la capacidad de cooperación. Esta entronca con una profunda necesidad de las personas: “*the urge to merge*”, la urgencia de unirse, lo imprescindible de establecer conexiones con significado ante la experiencia de que nadie se realiza en soledad. Esa socialización, articulada en comunidad, viene a ser el “ancla moral” –en expresión del citado Pérez-Díaz– que toda persona necesita. Precisamente, “muchos de nuestros problemas son consecuencia de un capital social insuficiente”; de acuerdo con su tradición política, Brooks admite un grado de paternalismo estatal, en el entendido de que los Gobiernos pueden apoyar, por ejemplo, la movilidad social, o “redes sociales que no traten a los ciudadanos como meras máquinas racionales que responden en exclusiva a incentivos económicos”; por citar un caso, escuelas que transmitan virtudes inteligibles, de la responsabilidad al autocontrol o la meritocracia.

A pesar de ese papel del poder público, “sin interferencias del Gobierno”, observa Brooks, “las gentes colaboran más”. A modo de corolario, podemos concluir que dar más poder al individuo –gran debate contemporáneo– pasa ante todo por dar más poder a la familia, a la comunidad, a las escuelas, en la creencia de que la cultura compartida es el humus sobre el que crece nuestra esfera moral; esa noción tan esquiva, compleja, impredecible y al mismo tiempo decisiva que es el carácter, y que hace de las contradicciones humanas mal material

para el absolutismo de la razón. Justamente ese elogio del carácter y de su relieve cívico resulta una reclamación necesaria en unos años de notable absentismo moral en el ámbito público. Ese es otro positivo fogonazo de intuición por parte de Brooks, que así en parte logra driblar el mayor riesgo de los textos de análisis social: el de ser demasiado contemporáneo. Algo que no gustaría a ningún *tory* de verdad, ni a los de Thatcher, ni a los de Cameron.

IGNACIO PEYRÓ



Gente peligrosa

El radicalismo olvidado de la Ilustración europea

PHILIPP BLOM

Traducción Daniel Najmías. Editorial Anagrama. Colección Argumentos. Barcelona, 472 páginas.

Gente peligrosa es un libro muy ameno de historia intelectual escrito por el joven alemán Philipp Blom, dedicado a la Ilustración radical y, en especial, a su figura más carismática, Denis Diderot. Blom trata de manera narrativamente muy exitosa el asunto: el libro es francamente entretenido a la hora de recrear la vida y los líos de toda aquella cuadrilla que pululó por los salones de París en el XVIII. La facilidad con la que se desenvuelve la narración es la causa justificada de su éxito editorial. No obstante, el libro es filosóficamente tosco por momentos, además de ser descartado en su parcialidad, y de contener errores de bulto en algunas apreciaciones sobre Voltaire o Hume.

La tesis principal del autor es la de que existe un olvido injusto e intencionado sobre las prin-

cipales figuras de la Ilustración radical (Diderot y d'Holbach principalmente) a favor de los representantes de una Ilustración moderada (Voltaire o Kant) o de sus enemigos (Rousseau). Asimismo, el autor no tiene ningún problema en adjudicar la responsabilidad de gran parte de los dramas del siglo pasado al tal triunfo de estos sobre aquellos. En este sentido, Blom comparte esa sorprendente ingenuidad política de parte del XVIII, y cuyos máximos exponentes son, precisamente, los ilustrados radicales. La ingenuidad de pensar que la humanidad dejará atrás sus problemas cuando sea plenamente hedonista y utilitaria y se conduzca como la naturaleza; de obviar el carácter socialmente conflictivo del deseo; de menospreciar la existencia del mal moral; de creer que el hombre será feliz cuando no tenga el horizonte

de otra vida y conozca la naturaleza; de pensar, sin ningún atisbo de pensamiento sociológico un poco sofisticado, que la religión es una superstición infligida por una conspiración de poderosos. La Ilustración que para Kant significa la llegada de la humanidad a su edad adulta, parece más bien, en esta, su versión más radical, su adolescencia.

En cualquier caso, resulta realmente increíble que tantos grandes pensadores llegaran a coincidir, a conocerse y, en algunos casos, a trabar amistad (aunque casi todas estas amistades terminaran –divertidamente– regular, mal o muy mal): Diderot, d’Holbach, D’Alembert, Rousseau, Voltaire, Grimm, Hume, Gibbon, Raynal, Adam Smith, Beccaria, Helvétius, y probablemente también Franklin, ¡impresionante alineación! El movimiento no deja de ser interesantísimo y el autor tiene razón cuando dice que está poco estudiado: una mirada un poco detenida sobre la Ilustración radical sirve para echar abajo unos cuantos lugares comunes que hoy se tienen sobre el movimiento, así como para entender toda la tensión de sus postulados.

Por ejemplo, la Ilustración en su versión radical no coloca en un lugar privilegiado a la razón sino a las pasiones. Uno de los ejes principales de la modernidad es la progresiva pérdida de legitimidad de todo lo convencional, considerado como particular y producto del hombre, frente a lo natural. No cabe duda de que Pierre Bayle y Baruch Spinoza jugaron un papel fundamental en este proceso de desmitificación de la tradición. La fuente legítima de la moralidad comienza a desplazarse hacia el interior encontrando en él o bien al Dios del deísmo, un Dios que ya no se manifiesta en la tradición sino en la naturaleza y en la voz *interior*, o bien la simple llamada de las pasiones naturales. Esto conduce a un cambio moral que coloca en el centro los valores utilitarios y que considera que la construcción de una buena sociedad ya no parece depen-

der de una fuerza exterior (Hobbes), sino de la armónica correspondencia con esa profunda naturaleza humana pasional. En esta faceta de la modernidad, la Ilustración radical constituye el punto culminante y la formulación más completa de la nueva mentalidad.

Pero quizá lo más interesante de esta Ilustración radical sean sus contradicciones internas, algunas de las cuales seguimos arrastrando. Al igual que gran parte de la izquierda contemporánea, la Ilustración radical parece progresista e involucionista: al mismo tiempo que elogia algunas consecuencias del proceso civilizatorio como la ciencia o la emancipación de la tradición, tiene una profunda veneración por el primitivismo de las sociedades salvajes (aunque por razones opuestas a la izquierda postmoderna, es decir: no por la inconmensurabilidad de las culturas, sino por la mayor cercanía a la naturaleza de las culturas primitivas, concepto este de naturaleza inexistente en el relativismo postmoderno). La cosa en cualquier caso tiene su coherencia. El conocimiento total se parece en algo fundamental a la ignorancia total, a saber, en la ausencia de prejuicios. En esa teoría tan básica de la cultura, parece que el hombre natural vive en una sabia armonía con la naturaleza hasta que llega la religión para enajenarle del mundo natural. A partir de ese momento, la armonía con la naturaleza solo puede ser reconquistada artificialmente a través de la ciencia que nos despojará de los prejuicios adquiridos y de los falsos valores que violan nuestra naturaleza interior. Así, a través de la ciencia y de una civilización basada en el conocimiento y no el prejuicio, nos reconciliaremos con el armónico y salvaje punto de partida.

Al margen del infantilismo con el que miraban a las sociedades primitivas, lo más increíble resulta su falta de comprensión del carácter antinatural del propio conocimiento de la naturaleza. De hecho, las sociedades llenas de prejuicios, como ellos dirían, son mucho más cercanas a la naturaleza que las sociedades

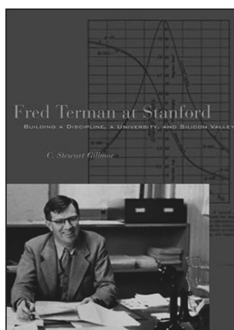
cuyo conocimiento racional de la misma ha llevado a la emancipación de su dominio. Francis Bacon comprendió esto mucho antes que los ilustrados: el conocimiento de la naturaleza lleva a la técnica, la cual es capaz de modificar las condiciones naturales y hacer olvidar al hombre la gramática de la vida.

Si por otro lado, la naturaleza se entiende poco menos que como liberación sexual hedonista, entonces quizá estemos más cercanos a la naturaleza, pero esta liberación se ha dado en la radical antinaturalidad de la planificación sobre las consecuencias de la sexualidad liberada. De hecho, quizá vivamos en el momento menos consciente de las condiciones naturales de toda la historia, precisamente por habernos emancipado de estas a través del conocimiento racional. Estamos en la total abundancia, no entendemos la frugalidad, cada vez estamos menos dispuestos a aceptar la incertidumbre o la precariedad esencial de la vida,

y cada vez somos menos conscientes de las limitaciones; planificamos las vidas individuales como centros del universo y estamos metidos de lleno en un lenguaje de derechos y dignidad que no tienen absolutamente nada que ver con las condiciones de la vida natural. En este otro sentido, parece pues que la Ilustración radical no entendió en absoluto el carácter esencial del proyecto moderno, un proyecto que efectivamente nos separó supuestamente de lo tradicional, pero que nos alejó aún más de la naturaleza.

Con todo y en definitiva, *Gente peligrosa* es una lectura agradable siempre y cuando sea tomada como una historia casi novelada de todo aquel divertido grupo que, pretendiendo dejar atrás los males de la humanidad, se comportó por momentos entre amigos como un auténtico nido de víboras.

GUILLERMO GRAÍÑO FERRER



Fred Terman at Stanford Building a Discipline, a University, and Silicon Valley

C. STEWART GILLMOR

Stanford University Press. Stanford, 2004. 642 páginas

En la actualidad, la prensa de Estados Unidos describe a Terman (1900-1982) como el “padre de Silicon Valley”, pero su nombre no puede separarse del de la Universidad de Stanford, en cuyo desarrollo hasta su actual prominencia mundial jugó un papel fundamental. La lección esencial de esta biografía es que primero se logró la excelencia de Stanford y luego

a su alrededor se creó el entorno de empresas de alta tecnología que a partir de 1971 empezó a denominarse “Silicon Valley”. Esta completa biografía, fruto de siete años de trabajo y financiada por dos antiguos alumnos de Terman, Hewlett y Packard, describe con detalle su papel crucial en la evolución de Stanford hasta convertirse en una de las mejores uni-

versidades del mundo, y en la creación paralela y simbiótica de Silicon Valley.

La biografía de Terman debe ser leída por quienes deseen conocer la génesis de Silicon Valley. En particular, su lectura es obligada para políticos, empresarios y posibles filántropos que podrían pensar que el modelo de Silicon Valley es reproducible o exportable; no lo es. Desde De Gaulle, que visitó en 1960 el Stanford Industrial Park, embrión de Silicon Valley, hasta Medvedev, que en 2010 visitó varias compañías en el mismo con la idea de construir en Skolkovo un área similar con empresas de alta tecnología, han sido muchos los políticos y empresarios que han tenido la ilusa idea de replicarlo. Al tomar posesión en 2008, la ministra Garmendia declaró que quería convertir a España en la California de Europa. Más recientemente ha impulsado con el presidente de Telefónica la creación de un proyecto inversor público-privado de capital riesgo (100 millones de euros) para el sector de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC), lo cual según ellos es el camino a seguir para replicar Silicon Valley en España; pues no, no lo es. Si estos dos responsables hubiesen leído esta biografía, no habrían formulado un objetivo tan equivocado y en su lugar habrían usado el dinero para crear una universidad de ciencia y tecnología de nivel mundial, lo cual constituye “la condición necesaria y previa” para la creación y desarrollo de un entorno productivo de empresas de alta tecnología.

Terman llegó a Stanford a los diez años con su padre Lewis Terman, un destacado profesor de psicología, y el resto de su familia. Obtuvo su título de grado en 1920 y el de ingeniero en 1922. En 1922-1924 hizo su doctorado en Ingeniería eléctrica en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) bajo la tutela de Vannevar Bush, el cual durante la Segunda Guerra Mundial sería el director de la Oficina de Investigación y Desarrollo Científicos (OSRD), responsable de toda la investigación y desarro-

llo con fines militares. Con su doctorado terminado, Terman volvió a su casa paterna en el campus de Stanford en el verano de 1924. Stanford es propietaria a perpetuidad de 33 km² de tierra contigua, y la mayoría de sus profesores viven en casas en el campus de las que son propietarios, pero no de la parcela, la cual les es arrendada (*leased*) mientras la ocupan. Terman tenía una oferta del MIT para regresar como instructor, el primer peldaño de la carrera académica, pero a las tres semanas de su regreso se le diagnosticó una tuberculosis. Esto le mantuvo en cama durante un año, al cabo del cual, en otoño de 1925, empezó a trabajar a tiempo parcial como instructor en el Departamento de Ingeniería eléctrica de Stanford. Durante 1925-1937 siguió ascendiendo los peldaños de la carrera académica hasta ser nombrado en 1937 *full professor* (catedrático) y jefe ejecutivo del Departamento.

Hay que hacer notar que sus estudiantes de posgrado se graduaban en medio de la Gran Depresión de los años treinta y que sus posibilidades de encontrar empleo en la zona de Palo Alto eran casi inexistentes. “Esto condujo a Terman, a partir de 1936, a recomendar encarecidamente a algunos de sus antiguos alumnos crear sus propias empresas” (pág. 331). Se inicia de esta forma la tradición de creación de compañías de alta tecnología relacionadas con Stanford. Dando un salto al futuro, en muchas de las empresas creadas –Hewlett-Packard (1939), Varian Associates (1948), Silicon Graphics (1981), Sun Microsystems (1982), Cisco Systems (1984), Yahoo (1994), Google (1998)– el prototipo del primer producto fue concebido y desarrollado por estudiantes de posgrado y profesores en laboratorios de Stanford. En 1991, William Hewlett rindió homenaje a Terman manifestando: “La Universidad de Stanford fue un factor clave en el desarrollo del área tecnológica que hoy se designa como Silicon Valley. Más que nada, fueron Terman, sus estudiantes y los estímulos y oportunidades que él les dio, lo que

hizo posible el florecimiento de esta gran empresa” (pág. 330).

El desarrollo de Silicon Valley se extendió a lo largo de varias décadas y para comprenderlo tenemos que volver a la biografía de Terman. Su vida académica en Stanford, entonces una universidad regional cuyos estudiantes provenían mayoritariamente de California, se interrumpió bruscamente con el ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941. Por aquel entonces Terman ya había alcanzado un prestigio profesional considerable por su libro *Radio Engineering* –publicado en otoño de 1932 y elegido como libro de texto por veintidós universidades en enero de 1933–, por su liderazgo en el desarrollo del Departamento de Ingeniería eléctrica y por su participación destacada en actividades profesionales nacionales como presidente del *Institute of Radio Engineers* (IRE). Todo esto, unido al hecho de que Vannevar Bush, su antiguo padrino de tesis en el MIT, fue nombrado por Roosevelt jefe supremo del Programa Nacional de Investigación y Desarrollo con fines militares, hizo que Terman fuera elegido director del *Radio Research Laboratory* (RRL). Este laboratorio secreto, con sede en la Universidad de Harvard, tenía como objetivo desarrollar contramedidas para neutralizar los radares enemigos. En su momento cumbre llegó a contar con 800 científicos e ingenieros y a tener un presupuesto superior al de Stanford.

Sus cuatro años al frente del RRL (1942-1946) y su estrecha relación con Bush, proporcionaron a Terman un conocimiento profundo de las actividades nacionales de investigación y desarrollo, de sus actores principales y, no menos importante, le dieron una experiencia considerable en el liderazgo y administración de un gran programa de investigación y desarrollo. Adquirió, además, contactos estrechos con profesores y administradores de Harvard, de los que obtuvo una visión amplia y profunda del funcionamiento de esta universidad. Entre

estos cabe destacar a William Claflin, tesorero de Harvard, que vivía en una casa contigua a la suya y con quien charlaba muchos domingos cuando este trabajaba en su jardín (en Massachusetts los jardines de las casas no tienen vallas). Terman “reconoció que Claflin le enseñó a dirigir un negocio, una universidad y cómo manejar inversiones” (pág. 221).

En 1946 Terman se reincorporó a Stanford como decano de la Facultad de Ingeniería. Era consciente de que el Gobierno federal iba a asignar fondos considerables a la investigación en las universidades y empleó toda su energía y contactos para conseguirlos. Bush había concebido un Plan Nacional de Investigación y Desarrollo para la posguerra cuya característica principal era la asignación de los fondos federales de investigación a las universidades e instituciones existentes, sin crear laboratorios nacionales ni nóminas federales. Esta asignación se basa en un proceso competitivo de revisión por pares de las propuestas de investigación y sigue vigente hoy. Nadie, ni premios Nobel, se escapa a este requisito. La búsqueda y obtención de fondos federales mejoró notablemente la base financiera de Stanford, “lo cual hizo posible la contratación de los mejores profesores del país” (pág. viii). Terman fue un administrador exigente y temido por los profesores que no alcanzaban los niveles de excelencia por los que luchaba; creía que la excelencia podía ser evaluada cuantitativamente, en particular por los contratos de investigación conseguidos.

En estos años, la Junta de Gobierno (*Board of Trustees*) debatió sobre el uso que podía darse a las extensas tierras de la universidad, porque esta necesitaba dinero para financiar su rápida expansión de la posguerra. El legado del senador Stanford estipulaba que la universidad conservara sus tierras a perpetuidad. Algunos sugirieron la construcción de una comunidad residencial de 44.000 habitantes a la que podrían arrendarse las tierras

durante 99 años sin ser vendidas. Terman se opuso y recomendó reservar la mayor parte de la tierra para usos académicos (acelerador lineal de Stanford -SLAC- de dos millas de longitud, reservas biológicas, redes de antenas para estudios astronómicos y de comunicaciones móviles, etc.). En el caso del SLAC, una instalación gigantesca financiada por Washington que requería 200 hectáreas, Terman propuso cobrar al Gobierno federal un simbólico dólar por año de arrendamiento. La Junta de Gobierno quería cobrar anualmente el 5% del valor de mercado del suelo. En una reunión decisiva de la Junta de Gobierno, Terman manifestó con firmeza: “ha llegado el momento de decidir si Stanford es una institución dedicada a la investigación o una operación inmobiliaria” (pág. 365). La Junta aceptó el planteamiento de Terman. En 1951 propuso la creación de un parque tecnológico en el campus del Stanford Industrial Park (hoy Stanford Research Park), invitando a compañías de alta tecnología, algunas fundadas por antiguos alumnos, a establecer en él sus laboratorios y oficinas. La idea era limitar el establecimiento en el parque a empresas tecnológicas que pudieran beneficiar a la universidad. Varian Associates ocupó el primer edificio en 1953 y poco después la siguieron Eastman Kodak, General Electric, Shockley Transistor Laboratory, Lockheed, Hewlett-Packard y otras. El despegue de la industria de semiconductores, origen de la revolución electrónica que creó Silicon Valley, tuvo lugar en el Shockley Transistor Laboratory. Shockley había ganado el premio Nobel por el descubrimiento del transistor en Bell Labs. De vuelta en Palo Alto, la ciudad donde se crió, creó su laboratorio con el apoyo financiero de Beckam Instruments. Su carácter controvertido y estilo errático de dirección empujó a ocho de sus ingenieros a abandonarlo y a crear, primero, Fairchild Semiconductors, y luego, dos de ellos, Gordon Moore y Robert Noyce, fundaron Intel. En 1963, Shockley fue nombrado profesor de Ingeniería eléctrica de Stanford.

En 1955 Terman fue nombrado *provost* (vicepresidente académico) por el presidente Wallace Sterling, cargo que ejerció hasta su jubilación forzosa en 1965. En estos diez años es cuando se logró la mayor expansión de Stanford y cuando Terman ejerció su fuerte liderazgo, sobre todo en la selección de profesores. Terman no se concentró en ingeniería eléctrica y electrónica, sino que quiso construir lo que llamó “torres de excelencia” en áreas en las que creía que Stanford podría alcanzar el máximo nivel: Ingeniería, Física, Química, Matemáticas e Informática, Medicina, entre otras. Una semana antes de jubilarse dio una charla en la que afirmó: “el elemento clave de una gran universidad es la calidad de sus profesores” (pág. 438).

Terman transformó el Departamento de Química en uno de los mejores del país. En 1959 fichó a Carl Djerassi, un Ph.D. de la Universidad de Wisconsin y vicepresidente de investigación de Syntex, en donde produjo la píldora oral anticonceptiva. Djerassi convenció a Syntex para que estableciera un laboratorio de investigación en el Stanford Industrial Park, y más adelante fue responsable de la creación de cuatro nuevas compañías en los campos de medicina y biología. Otros fichajes de Terman fueron Arthur Kornberg en 1957, al que siguió el de Joshua Lederberg en 1959. Kornberg ganó el premio Nobel de Medicina en 1959 junto con Severo Ochoa por la síntesis del ADN, y Lederberg lo ganó en 1958 por sus investigaciones en genética. Lederberg había rechazado primero la oferta de Stanford y la aceptó cuando se enteró del fichaje de Kornberg. Por supuesto, Terman no tenía la autoridad para nombrar a ningún profesor: el nombramiento de Lederberg fue aprobado en una reunión extraordinaria del presidente Sterling con la Junta de Gobierno.

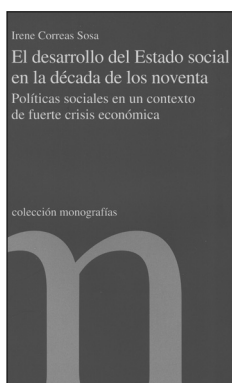
A su jubilación en 1965, Terman continuó viviendo en el campus e inició una actividad fructífera como consultor académico de uni-

versidades tanto en Estados Unidos como en Corea. Fue el arquitecto del Korean Advanced Institute of Science and Technology, fundado por el Gobierno en 1971, un pilar del extraordinario desarrollo tecnológico de Corea. El presidente de Corea Park, Chung Hee, lo condecoró con la Orden del Mérito Civil por “su valiosa dedicación y servicio al pueblo coreano” (pág. 473).

No, no es posible replicar Silicon Valley, ni siquiera en Estados Unidos; pero como se hizo

en Corea, se puede crear una universidad de ciencia y tecnología de nivel mundial siguiendo el “método de Terman”, a partir de la cual pueden crearse empresas de tecnología dentro del entorno de cada país. Debe notarse que el Gobierno americano no jugó ningún papel directo en la creación de compañías de Silicon Valley. Su ayuda se centró en la financiación de programas de investigación de posgrado en Stanford.

JOSÉ CANOSA



El desarrollo del Estado social en la década de los noventa

Políticas sociales en un contexto de fuerte crisis económica

IRENE CORREAS SOSA

Editorial Congreso de los Diputados, Monografía, núm. 90, Madrid, 2011, 580 páginas.

El libro que ahora reseño y que tiene su origen en el trabajo de tesis doctoral de Irene Correás Sosa lleva a cabo un análisis riguroso de cómo se ha ido dando forma al mandato del artículo 1.1 de la Constitución Española de 1978 durante el periodo de nuestra historia que abarca las IV y V Legislaturas, teniendo siempre presente la dificultad y el especial cuidado que hay que poner en el estudio de estas materias, por cuanto la complejidad existente en la delimitación de los contornos del Estado social no disminuye al intentar hacer efectivo su contenido.

La obra se articula en cuatro capítulos, comenzado, en primer lugar, por el estudio de

las razones que llevaron a los primeros Estados, desde el siglo XIX, a intervenir a favor de los más desfavorecidos. En este primer capítulo se realiza un análisis descriptivo de las transformaciones sociales que se producen a lo largo del siglo, y la consolidación del Estado social en el periodo de entreguerras y especialmente en la segunda posguerra europea, en Estados Unidos, en los países centroeuropeos, en el Reino Unido y en Japón. El capítulo termina con el análisis de la influencia de la crisis económica de 1973 en el Estado social, puesto que las economías liberales sufrieron una fuerte desaceleración, un aumento de la inflación y del desempleo agravados por la subida del precio del petró-

leo, que puso en serios apuros el sistema económico capitalista y cuestionó los principios de la economía keynesiana.

Para llegar a entender cómo se configura constitucionalmente el Estado social en el artículo primero de la Constitución, la obra presta atención a nuestra historia, en la que, si bien de forma desigual al resto de Estados europeos, desde principios del siglo XIX se vislumbra una inquietud social que no hay que desmerecer para comprender la evolución del modelo que llega hasta nuestros días. Los capítulos restantes se dedican por ello a España.

En el capítulo segundo se estudian los antecedentes del Estado social en nuestro país a partir de 1923, durante la Segunda República y durante el franquismo. Ciertamente y a pesar de su carácter totalitario, en la dictadura de Primo de Rivera se conseguirán importantes avances en materia laboral, pero, en palabras de Correas, “sería durante el periodo republicano donde surge una ‘preocupación social’, que continuará durante los años cincuenta, y en especial los sesenta, ya en plena Dictadura del general Franco, para consolidarse plenamente con la reinstauración de la Democracia y la promulgación del texto de 1978” (p. 172).

Conocidos los antecedentes que influyen en nuestro modelo social constitucional, la autora estudia en el tercer capítulo cómo se gestó el artículo 1.1 de la Constitución durante los debates constituyentes y el contenido y significado de la fórmula “Estado social y democrático de Derecho”, que no cabe duda que es un concepto vago e impreciso, aunque sirve para definir la nueva dimensión atribuida al Estado. Supone que el Estado asume como obligación obrar en un determinado sentido, “inmiscuirse” en la vida de la sociedad y no solamente protegerla. Así, frente al modelo de Estado liberal abstencionista, nuestra Constitución proclama como directriz del nuevo Es-

tado la asunción de una posición activa frente a la sociedad.

Cuando comenzaron los debates constituyentes asistíamos a un cambio político en nuestro Estado que tenía el objetivo de modificar las bases del anterior periodo y conseguir un Estado moderno, democrático y que sirviera a los intereses de los ciudadanos. Poniendo “el acento en la consagración del nuevo modelo de Estado se pone de manifiesto cómo no bastaba con una adecuada formulación jurídica, sino que era necesario un gran esfuerzo dinamizador de la economía que favoreciera el cumplimiento de los fines de un auténtico Estado social” (p. 278). La doctrina no mantiene una postura unánime a la hora de hacer referencia al valor que se ha de otorgar a los derechos sociales y al alcance de las prestaciones que el Estado debe garantizar con carácter social, posiciones que la autora analiza a lo largo de su exposición. El capítulo termina con una exhaustiva recapitulación de los derechos de naturaleza social en nuestra Constitución y con un estudio del contenido de la parte económica de nuestra Carta Magna.

El último capítulo aborda las medidas llevadas a cabo en la década de los noventa para dar contenido al cumplimiento de los fines del Estado social. La monografía abarca el periodo final del Gobierno del Partido Socialista (de los años 1989 a 1996) y el primero del Partido Popular (de los años 1996 a 2000). Para ello se han estudiado, desde el punto de vista legislativo, fundamentalmente, las políticas desarrolladas en cuatro ámbitos: primero, trabajo, seguridad social y asuntos sociales; segundo, sanidad; tercero, educación; y finalmente, vivienda y urbanismo. Efectivamente creemos que esto es un gran acierto de la obra, pues los fines del Estado social no podían quedar circunscritos al logro de una función asistencial, sino que es preciso completar esta función con una búsqueda del bienestar general, lo que incluye una

faceta prestadora, otra asistencial y otra distribuidora del Estado.

Tras el análisis de dichas políticas, la autora ha podido concluir que no han sido suficientes los esfuerzos para el logro de un Estado social moderno tal y como exige nuestra actual sociedad. Así, se han desaprovechado oportunidades para introducir mayores mejoras en las prestaciones y la forma de proveerlas, lo que exige, especialmente hoy, que se reproduzcan muchas de las situaciones que se han estudiado en esta obra, y en la que hay referencias constantes a la crisis del Estado social, una reflexión pausada sobre cómo ha de procederse a dicha mejora y cuál es la mejor forma de llevarla a cabo. Este aspecto no ha quedado ajeno a este estudio.

Así, como parte de las conclusiones, se han incluido diversas medidas que, sin desmerecer otras muchas, podrían llevarse a cabo para contrarrestar las deficiencias que se han detectado. Igualmente es muy importante considerar en qué medida dos periodos de gobierno con ideologías aparentemente dispares lleva-

ron a cabo con mayor o menor fortuna el contenido del Estado social, ya que este no es propio de una determinada ideología, o al menos no exclusivamente. Si lo entendemos en su amplitud, caben en su contenido distintas formulaciones, todas ellas enriquecedoras y redundantes en el beneficio colectivo, que en último término ha de ser el fin del Estado social.

La lectura de esta obra supone la adquisición de nuevos conocimientos; es especialmente oportuna, novedosa, sin duda, y de plena actualidad. Irene Correas aporta además soluciones para conseguir este Estado social con la necesidad de actuaciones de los poderes públicos en momentos tan difíciles como los que vive en la actualidad España, en un debate constante acerca de las políticas sociales y la actuación de los poderes públicos en relación a esas políticas. Por todo ello el libro, de aparición tan oportuna, nos hace deudores de su afortunada autora.

M^a ISABEL ÁLVAREZ VÉLEZ

AUTORIZACIÓN Nº: 2828694/9
FECHA: 19/01/07

MADRID Sucursal 6
C/ Claudio Coello, 100
28006 MADRID

APARTADO F.D. Nº 9

FAES-Fundación para el Análisis
y los Estudios Sociales

CUADERNOS de pensamiento político

A franquear
en destino



fundación para el análisis y los estudios sociales

www.fundacionfaes.es



